

EL TEJO.

Pascual Uceda Piqueras.

Primer premio del *IV concurso de relatos Vieiragrino* (2003)
de la Asociación de Amigos del Camino de Santiago de Valencia.

Retrato a blanco y negro, añeja mocedad me contempla, casi tan perpleja como yo la contemplo a ella, y entre los dos, la complicidad de un secreto compartido, y el viento... Obedeciendo no sé que instinto limpio con la bocamanga de mi capote la fría lápida convertida en púlpito de mi confesión. Tras años de silencio, la dama que yace en su interior me dice que murió el 17 de enero de 1904. Me pregunto que día será hoy...

Más allá del verdor que tamiza los muros de este cementerio, alcanzo a ver, ahora erguido sobre la atalaya de oscura piedra, la tragedia más antigua de la humanidad. Cegado por los últimos rayos solares, cuyos tonos encarnados preludian el fatal desenlace, asisto al duelo con resignación, y a medida que el rey de los astros se va hundiendo en la inmensidad del océano, así me parece hundirme con él; pero con la satisfacción de la Obra terminada, con la alegría del espíritu renacido, con el recuerdo del Camino recorrido...

Todo comenzó en Santiago de Barbadelo.

Cerca de treinta jornadas de duro caminar me separaban de Roncesvalles y la emoción de pisar tierra gallega me impulsó con nuevos bríos hacia la tumba del Apóstol: Cebreiro, Triacastela, Samos, Sarria y, por fin, a causa de lo entrada que estaba ya la noche, busqué acomodo en Santiago de Barbadelo.

Dormí aquella noche a pierna suelta en una vieja casona que hacía las veces de improvisado albergue de peregrinos. A la mañana siguiente, antes de partir hacia

Portomarín, anduve curioseando por entre los muros de piedra que conforman esta pequeña aldea. Y es que soy de los que piensan que andar por andar no tiene ningún valor. A mi me gusta recrearme en el entorno, mezclarme con las gentes de aquí y de allá, saber de sus costumbres, de sus anhelos, de sus miedos. Solo así puede entenderse el Camino. No se puede llegar a la tumba del Apóstol, o a cualquiera de los finales que nos hayamos propuestos, con el morral vacío. Eso sería una necesidad. Y no sólo me refiero a las gentes. Las piedras también están vivan. También nos hablan de sus cosas, que a partir de ese momento ya son también las nuestras. Y por extensión las de todos, y por convicción la de Todo. Con ese propósito, me situé estratégicamente entre las dos “piedras” más enigmáticas de este lugar: la iglesia de Santiago de Barbadelo y la antigua casa del priorato. La sobriedad de sus muros, la austeridad del románico gallego, poco espacio dejaban a la ensoñación, al anhelado vuelo de espíritu. Sin embargo, poco antes de reiniciar la marcha, y cuando ya me daba por vencido, experimenté una extraña alucinación. Tan real como ahora veo al Sol sumergirse en el océano así vi los muros de estos antiguos edificios avanzar hacia mí, lentamente, sin hacer ningún tipo de ruido, deslizándose por el aire. Puede que fuera debido al calor abrasador del mediodía, o a la debilidad crónica del caminante que se acerca a su final. Seguramente ambas cosas. Creo en sinceridad que iba a morir allí mismo aplastado. No sé por qué no llegué a plantearme que aquello no podía ser de ningún modo real. Tal era la fuerza de lo que acontecía que no pude por menos que tirarme a tierra y en improvisada posición fetal rogar al Supremo Hacedor por la salvación de mi alma. No sé que tiempo duró todo esto que cuento, pero puedo asegurar que llegué a sentirme completamente sepultado entre cascotes inverosímiles. Fue entonces cuando conocí a Rafael.

Llegó bordeando el camino y salido de cualquier parte. Su indumentaria parecía salida del Calixtino de Picaud: un sombrero grande y esférico coronado de concha marina, ancho capote de color tostado, bordón y calabaza.

- Buenas tardes caballero -clavó su mirada a un palmo escaso de mi rostro-
¿Cualquiera diría que ha visto usted a un fantasma? ¿Le ocurre algo?

- No, no..., gracias -dije visiblemente aturdido-. Es este calor de mil demonios. Creo que me he mareado.

- Ya, entiendo -repuso el extraño viajero poco convencido.

- Tome un poco de agua.

- Gracias otra vez -acepté la rudimentaria vitualla.

- Me llamo Rafael de la Oca. Para servirle -me tendió una mano franca y enérgica.

- Vicente Carballeda -correspondí al saludo con la mía temblorosa, todavía bajo los efectos de la extraña lapidación.

- Fascinante la arquitectura del Camino ¿No le parece?

- Así es, aunque un tanto desconcertante -repuse jadeando-. Hay cosas que se escapan a la normal comprensión.

- Amigo mío, éste es un lugar al que no se viene a comprender, sino a experimentar. Fíjese bien y déjese llevar por la belleza que le rodea.

- Parece usted un entendido en la materia.

- Sigue usted por sus fueros. No le culpo. No es nada fácil desprenderse del criterio de la razón a la hora de relacionarnos con el mundo que nos rodea. No, no soy ningún entendido. Tan sólo un curioso observador. Eso es lo que soy. Por cierto ¿se ha fijado usted en aquella puerta? -señaló la fachada principal de la Casa del Priorato-.

Compruebe usted mismo la ingenuidad del desplazamiento del frontón con respecto al vano de la puerta. Sienta la ruptura del orden preestablecido. Experimente la sensación de cruzar a través del umbral que le va a introducir a una percepción diferente.

Focalicé a duras apenas el lugar indicado por Rafael. Aunque no fue necesario forzar la vista en exceso ¿Cómo no me dado cuenta antes?

- Lo que dice parece tener algún sentido.

- Así es amigo mío, este es un lenguaje para los sentidos y no para la razón.

- ¿Y esto que usted dice a dónde nos lleva?

- Al peregrino -respondió sin vacilar-. Al parecer este edificio fue un antiguo albergue de peregrinos. Como Usted ¿No es cierto?

- Lo soy.

- Entonces, permitidme que os ofrezca hospedaje al final de vuestro peregrinar.

- Se lo agradezco, Rafael, pero ya lo he previsto en Santiago.

- No, no me refería a Santiago de Compostela. El final que yo le digo se encuentra a unas jornadas más allá, en Noya. Allí culmina el Camino de las estrellas y allí regento una hospedería, no tan estrellada como el Camino pero de buena cama y mejor guiso. Yo soy un hombre rico de esa población -continuó diciéndome en un tono propio de épocas pasadas- y no he venido hasta aquí para procurarme huéspedes, sino para acompañar a un hermano en una penitencia. Pero si queréis tener un buen hospedaje en Noya hospedaos en mi casa y decidle a mi mujer que os trate bien por amor mío. Yo os daré una señal para que se la mostréis y de esa forma sepa que venís en mi nombre.

Sacó del zurrón un pálido sobre sellado con lacre.

- Entrégueselo personalmente a mi mujer. Dentro lleva algo muy importante que ella sabrá muy bien apreciar. Quiero que lo considere una prueba de la confianza que usted me inspira.

- No sé si debo aceptar el encargo -su actitud no parecía admitir otra posibilidad-. No tenía previsto continuar más allá de Santiago de Compostela. Además, quedan todavía muchas jornadas y temo no poder corresponderle.

- Vaya sin cuidado. Sé que usted no me defraudará.

Acepté al fin el sobre, junto con el compromiso de entregárselo a su legítima dueña, y me dejé llevar por los inextricables caminos que nos imponen estas rutas milenarias.

- Por cierto, no se vaya sin antes observar detenidamente el edificio que tiene a su espalda -señaló la portada occidental de la iglesia de Santiago de Barbadelo-, es un excelente ejemplo del románico de esta zona.

Con el ánimo ya resuelto en seguir a pies juntillas las instrucciones de mi interlocutor, me senté en un murete a media altura junto a la puerta de entrada, que colindaba con el cementerio parroquial. Desde allí arriba las tumbas se observaban como una grey fosilizada. Cuando me di la vuelta Rafael se había esfumado.

El tímpano de la fachada principal se encontraba a tres metros escasos por encima de mi cabeza. El pétreo criptograma se trataba, en su conjunto, del garabato más infantil que cabría imaginarse. Nada es gratuito en el románico. Nada porque sí. Nada es para decorar sin más. Menos aún este dibujo tan simple. La puerilidad de este grabado escondía, sin dudar, algún tipo de clave de vital importancia para el peregrino. Sabía de la costumbre de los antiguos maestros talladores de encriptar secretos bajo la apariencia más infantil. Pero ¿de qué forma podría yo interpretarlo? Me sorprendí a mi mismo rependiéndome por boca de Rafael: “aquí no se viene a comprender, sino a

experimentar”. Pero aquello era un muro inexpugnable. Un muro que se estaba convirtiendo en un viejo conocido para mí.

Fue cuando en mi desesperación, busqué el alivio de las chiquillerías que retozaban despreocupadas calle abajo. Me aproximé con prudencia para no molestarlos y permanecí un buen rato observando la felicidad en su estado más puro. Jugaban a un antiguo juego. Yo mismo jugaba de niño. Arrastraban una piedra a la pata coja a lo largo de un recorrido marcado en el suelo en forma de espiral. Lo llamábamos el Tejo.

A punto estuve de salir a jugar con ellos. Pero la edad pesa. O por lo menos a eso nos agarramos a la hora de participar de la ilusión y de la capacidad de ensoñación que los caracteriza. Eso ya no va con nosotros. Somos adultos. No tenemos derecho a soñar, sólo a razonar. Regresé a la portada de la iglesia con la intención de despedirme y cuando ya estaba listo para marcharme sentí en lo más profundo como si una vez me preguntase: “¿Por qué no juegas?”. Yo mismo me sorprendí a mi mismo contestando en voz alta: “Y por qué no”. Así que cogí la piedra que tenía más a mano. Lo suficientemente grande para no olvidarme de ella durante el viaje. La eché al morral y me encaminé por tierras gallegas rumbo a lo desconocido, pues ésta es la verdadera esencia del Camino.

Arrastré mi piedra por la tumba del Apóstol, abracé su busto tal y como mandan los cánones, me coroné de vieira a la antigua usanza y apunté mi báculo en la noche estrellada buscando el Tahalid en el firmamento.

Y fue así, como muy entrada la tarde llegué a Noya. Saqué el sobre de la esportilla y leí el nombre de la calle: “Camino de las ánimas s/n”. Pregunté a las gentes por esa dirección, pero sólo obtenía risas de las más jóvenes y cruces de las comadres. Una desdentada anciana me señaló con su cayado el camino que habría de tomar.

Con el sobre en la mano me paré ante el único portal que se correspondía con esta dirección. Aquello no era propiamente un hostel, aunque sí era un lugar de descanso: era un cementerio. Sentí como el corazón se disparaba a un ritmo frenético. El peso de la piedra no me dejaba respirar con libertad. Me estaba ahogando. Tenía los hombros doloridos, los pies magullados. Mi aspecto, por la cara de asombro de los lugareños con los que me había cruzado, debería de estar más próximo al de los finados que se alojan a este otro lado de la verja.

Su media sonrisa, su gesto de complicidad, su interés en prolongar el viaje más allá de Santiago. Sí, Rafael de la Oca, tú estás detrás de todo esto, pero no te preocupes, ya estoy aquí. Cumpliré con lo pactado. No me arrugaré.

Convencido de haber llegado al final del Camino y turbado ante lo absurdo de la situación, sólo me quedaba una alternativa. Así que rasgué el sobre y extraje de su interior una antigua llave de robustas proporciones. La introduje en la cerradura del portón sacramental y la giré con la certeza de que no podía fallar. Empujé la férrea estructura con ambas manos hasta que pude introducir el cuerpo. La visión que me ofreció el cementerio era desconcertante. Lápidas funerarias aparecían adosadas a los muros, a veces formando pilas. Hay centenares de losas extrañas, tapas aparentes de sepulcros alucinantes.

Pero el sobre todavía reservaba una sorpresa más. Junto a la llave se encontraba la fotografía de una mujer. Era un retrato ovalado a blanco y negro, que por su aspecto se diría que pertenece al siglo pasado. Detrás de la fotografía aparecía dibujado una especie de mapa del cementerio con un itinerario marcado en forma de cruz. Lo recorrí a pies juntillas hasta llegar a la tumba de María del Mar de Estivadas, muerta el 17 de enero de 1904, hace exactamente cien años. La fotografía incrustada en su lápida era

idéntica a la que se encontraba en el sobre de Rafael de la Oca. No cabía la menor duda: María del Mar era su mujer.

La luz se abría paso en este sombrío lugar. Eché el morral al suelo y saqué la piedra que había cargado desde la lejana frontera gallega. En lo alto del túmulo sepulcral alguien había dejado un grueso punzón y un cascote de granito. Era evidente que me estaban esperando. Agarré las herramientas y dejándome llevar por un instinto ancestral comencé a grabar la piedra, mientras mis pensamientos vagaban por el tímpano encriptado de la iglesia de Santiago de Barbadelo.

Terminé de labrar la piedra sin ni siquiera saber qué es lo que había grabado, ni tampoco por qué lo daba por concluido. Sólo entonces abrí los ojos. Una media sonrisa en los labios y una lágrima de satisfacción fue el saludo de mi rostro ante la puerilidad de lo que allí se representaba. No está mal para haberlo hecho a oscuras, me dije para mis adentros.

Cargué la piedra por última vez y la apilé contra el muro del camposanto, como tantas otras...

FIN